

de mí. La respuesta es: *Ya te colmaron de bienes durante tu vida.* Dirás que con la vida se acabó esa superficial, esa falsa, esa corta prosperidad. Bien está; pero *recepisti*; ya recibiste lo que te tocaba. Estimemos ahora esas fortunas repentinas y precipitadas, esos honores acumulados, esas prosperidades engañosas y deslumbradoras de esta vida; no hay cosa mas despreciable, ni mas falsa, ni mas opuesta á la verdadera felicidad. Son pocos los hombres que por algun tiempo no hayan sido buenos; ninguno que no haya hecho algun bien durante su vida. Si Dios reservára premiar á los malos para la otra, seria preciso que los colocase en el cielo, porque solo en él hay premios eternos en el otro mundo. Por eso se dice que una continua prosperidad es señal de reprobacion; y por lo mismo compara S. Gregorio los dichosos del siglo á los bueyes que se dejan engordar, sin trabajarlos, y en los mejores pastos, porque están destinados para el matadero. Si los que tiran del carro, prosigue este santo Padre, pudieran hablar y discurrir, ¿tendrian envidia á los que paskan en el prado? Se quiere conservar á los que trabajan, y se ha resuelto degollar á los que engordan. ¡O prosperidades de los malos, y qué dignas de compasion os representais á los que os miran con los ojos de la fe, y consideran las cosas segun sus principios! Prosperidades engañosas que alucináis á los mortales, imaginándose dichosos, cuando solo sabeis hacer desdichados é infelices.

Divino Salvador mio, no me trateis como á estas desgraciadas víctimas de vuestra divina justicia; no me concedais en esta vida prosperidad alguna que haya de privarme de los bienes celestiales; antes bien afligidme de todos modos en esta miserable vida, como me hagais dichoso por toda la eternidad.

JACULATORIAS. — Si, mi Dios; tengo una firme confianza de que me dareis á gustar en el cielo, en aquella feliz patria de los que viven, los inesplicables bienes de que inundais á vuestros escogidos. (*Psalm. 26.*)

No os pido, Señor, para esta vida prosperidad alguna que pueda perjudicar á mi salvacion. No me deis pobreza, ni riquezas, concededme no mas que lo preciso para vivir. (*Prov. 30.*)

PROPOSITOS.

1 Desde hoy en adelante no calificques de prosperidades las grandes fortunas, las ganancias escesivas, ni esos diluvios de felicidades y de bienes; es un error comun, que debes corregir. Si

no hubiera mas vida que la presente, serian deseables esas dichas; mas para los pocos dias que podemos vivir, hay una eternidad, y de ordinario una eternidad de penetrantes arrepentimientos, de suplicios sin fin, por unos deleites insulsos y trabajosos, que se pasaron como sueños; por el contrario, todas las prosperidades temporales las debes considerar como señales de tu poca virtud. Siempre que te suceda algun próspero suceso, teme no sea que quiera Dios recompensarte en este mundo lo poco bueno que puedes haber hecho; para decirte cuando te castigue en el otro: *Acuérdate de que ya te colmé de bienes.* Este pensamiento moderará tu alegría, que siempre perjudica á una alma cristiana, y al mismo tiempo será el medio mas eficaz para vivir de modo que no te trate Dios como á aquel rico.

2 Guárdate bien de tener jamás envidia á la fortuna de otro. Este brilla, campa y sobresale en este mundo, que por toda la eternidad estará envidiando al que vivió en él arrinconado, desconocido y lleno de miseria. Acuérdate que la prosperidad es una continua tentacion, que dura tanto como la buena fortuna: mientras esta persevera, no hay pasion que no despierte, ninguna que deje de hacer alguna tentativa y de ganar algun terreno. Si el corazon y el entendimiento fueran cristianos, á todas las prosperidades las tendrian por pruebas, y por pruebas muy peligrosas; tú á lo menos considéralas como tales. ¿Te suceden prósperos sucesos? ¿reina en tu casa la abundancia? ¿tienes fortuna en todo? Rinde mil gracias al Señor, recibe estos dones como bienes de su mano; pero guárdate bien de derramarte en una altanera alegría, tan material como mundana. Miralo todo á las luces que te acaban de proponer, y considera que esos bienes, mas generalmente son recompensa de los malos, que de los buenos. Cuando te sale bien alguna cosa teme no sea que quiera Dios premiarte con ella; y al contrario, rindele mil gracias en todos los contratiempos.

DIA XXIX.

MARTIROLOGIO.

SANTA MARTA, virgen, en Tarascon en la Galia Narbonense, la que hospedó en su casa á nuestro Salvador, y hermana de Sta. Maria Magdalena y de S. Lázaro. (*Véase su vida en las de hoy.*)

SAN FELIX II, papa y mártir, en Roma en la via Aurelia; el cual porque defendia la fe católica fue echado de su silla por el emperador arriano Constancio; y siendo degollado secretamente en Cera en Tosca

na acabó gloriosamente su vida. Su cuerpo llevaron de allí los clérigos, y lo enterraron en el mismo camino; despues fué trasladado á la iglesia de los santos Cosme y Damian, donde en tiempo del papa Gregorio XIII fué hallado debajo del altar, juntamente con las reliquias de los santos mártires Marco, Marceliano y Tranquilino, y colocado en el mismo lugar el día 31 de agosto. Tambien fueron hallados en el mismo altar los cuerpos de los santos mártires ABUNDIO presbítero, y ABUNDANCIO diácono, que poco despues trasladaron solemnemente á la iglesia de la Compañía de Jesus la vispera de su fiesta.

LOS SANTOS MÁRTIRES SIMPLICIO, FAUSTINO Y BEATRIZ, tambien en Roma, en la via Portuense, en tiempo del emperador Diocleciano: los dos primeros, despues de muchos y crueles tormentos fueron degollados; y Beatriz, hermana de ellos, fué ahogada en la cárcel por confesar á Jesucristo. (*Véase su historia en las de doy.*)

LAS SANTAS MÁRTIRES LUCILA Y FLORA, VÍRGENES, Y LOS SANTOS MÁRTIRES EUGENIO, ANTONINO; TEODORO, Y DIEZ Y OCHO COMPAÑEROS SUYOS, igualmente en Roma, que padecieron en tiempo del emperador Galieno.

SAN CALINICO, mártir, en Cangria en Paslagonia; el cual fué azotado con varillas de hierro, atormentado con otros tormentos, y finalmente echado en un horno encendido entregó su alma al Criador.

SAN OLAVO, rey y mártir, en Noruega. (Libertó á su patria de la tiranía de los suecos y dinamarqueses, y llevó de Inglaterra, donde prestó grandes servicios á su rey Etelvedo en 1013, varios monges y sabios, uno de los cuales llamado Grimkele, fué electo obispo de Drontheim su capital. Rebeláronsele los paganos y le mataron en una batalla en tal día como hoy de 1030.)

SAN LUPO, obispo y confesor, en Troyes en Francia; el cual partió á Inglaterra con S. German á combatir la herejia de los pelagianos, y con su continua oracion defendió la ciudad de Troyes del furor del rey Atila, que andaba asolando la Francia; finalmente habiendo ejercido dignamente el ministerio de un buen pastor por espacio de cincuenta y dos años, murió en paz.

SAN GUILLERMO, obispo y confesor, en Santobrien en Francia.

SAN PRÓSPERO, obispo de Orleans.

SAN FAUSTINO, confesor, en Todi.

SANTA SERAFINA, en la ciudad de Mamia.

SANTA MARTA, VÍRGEN.

ENTRE las santas mujeres que seguian á Jesucristo, y hacian descubierta profesion de ser discipulas suyas mientras estuvo en ésta vida mortal, fué una de las mas privilegiadas santa Marta, siendo igualmente de las mas distinguidas, no solo por su calidad, y por la clase que tenia entre los judíos, sino particularmente por haber abrazado el estado de virginidad en que perseveró constante toda la vida.



STA. MARTA, V.

En la de su hermana Sta. María Magdalena se dijo ya que era de distinguido nacimiento, tanto por su nobleza, como por los grandes bienes que habia heredado de sus padres, tocándola en las particiones las posesiones vecinas á Jerusalem, y entre ellas la casa ó castillo de Betania. El Evangelio constantemente la nombra siempre la primera, y por eso se cree que era la hermana mayor de la familia; por lo menos era la que llevaba el principal peso de la administracion y del gobierno. Era su carácter un genio dulce y amigo de hacer bien; un juicio maduro y ejemplar, con una circunspeccion y con una modestia, que la hacian amar y respetar. Universalmente estaba reputada por una doncella de gran mérito, y así en Jerusalem como en Betania se tenia general veneracion á su virtud. Estando su alma tan bien dispuesta, sin dificultad reconoció á Jesucristo por el Mesias verdadero, y gustó de su doctrina. Apenas le oyó, cuando hizo profesion de ser una de sus mas fieles discípulas. Con efecto lo fué; y la fervorosa ansia con que oia sus sermones, la docilidad con que seguia sus consejos, la fidelidad con que ponía en práctica sus divinas lecciones, y la piedad con que enteramente se dedicó al servicio del Salvador, todo contribuyó á elevarla en poco tiempo á una eminente santidad.

Oyendo los elogios que de cuando en cuando hacia el Señor de la virginidad, y viendo lo mucho que le agradaba esta admirable virtud, muy presto se determinó á no admitir jamás otro esposo que al Esposo de las vírgenes; y como era tan constante en oír sus divinas instrucciones, practicó muy en breve lo mas elevado y lo mas perfecto del Evangelio. Dedicóse, pues, á la soledad y al retiro, renunciadas las vanidades del mundo; y como su hermano Lázaro era ya uno de los discípulos del Salvador, y la conversion de su hermana Magdalena, en la que nuestra Santa no tuvo poca parte, habia sido de tanta edificacion á todos, el castillo de Betania se convirtió, por decirlo así, como en un pequeño monasterio. En él se observaba en todo cierto orden, y todo respiraba devocion. Ocupábase el tiempo en oracion, en leccion, en la labor y en obras de caridad; por lo cual la casa de Betania era el hospedaje ó el hospicio del Salvador en sus viajes.

Llegó en una ocasion á Betania el Hijo de Dios, volviendo de sus tareas evangélicas: tuvo Marta noticia de su venida; y saliéndole al camino, le suplicó con instancias que se dignase no admitir otro hospedaje que el de su casa. Aceptó el convite el Salvador, como quien tenia tan conocida la virtud de aquellas dos fervorosas discípulas. No es fácil explicar el gozo de toda aquella afortunada familia. Marta, que gobernaba la casa, tomó á su car-

go la disposición de todo, y por sus mismas manos quiso preparar y guisar la comida á su amado Maestro; el soberano huésped no dejó de reconocer la grande caridad y el fervoroso amor de las dos hermanas, recompensándolas liberalmente con su dulce conversacion, y con las abundantes gracias que derramó en el corazón de aquellas dos santas almas.

María Magdalena, arrebatada toda de gozo por ver en su casa á su divino Salvador, y hambrienta de sus instrucciones, cuya dulzura habia gustado mas de una vez, y cuyo provecho habia experimentado, hallaba tanto gusto en oírle, que fué á sentarse á sus pies por no perderle ni una sola palabra. Marta solo le podia percibir algunas, y esas con poca tranquilidad. Estaba tan afanada en regalar á su divino Maestro y á los de su comitiva, que andaba de un lado para otro dando sus órdenes, ya en esto, ya en aquello, y mostraba un poco de inquietud y sentimiento de que su hermana la dejase sola, y no la ayudase en nada. Con el ansia de que nada faltase en la mesa, y pareciéndola que ella sola no podia atender á todo, dió sus quejillas al Salvador: *díjole, pues, con respeto y con modestia, pero con un género de apuro, que no dejaba de mostrar alguna inquietud: Señor, ¿no reparais que mi hermana me deja trabajar sola, sin echar mano á nada? suplicoos la mandeis que venga á ayudarme.*

La respuesta que el Señor la dió fué un misterio, y al mismo tiempo una leccion de mucha enseñanza para la vida espiritual: *Marta, Marta, muy cuidadosa andas y muy solícita. A la verdad alabo tu solícitud en servirme, pero condeno tu inquietud: todo lo que turba al alma, la disipa; y toda disipacion del corazón y del espíritu me desagrada: es menester servirme con fervor; pero en mi servicio nunca se ha de perder la paz del corazón. Tú te atormentas inútilmente, y quieres hacer demasiado; no es menester tanto para mi comida, basta un solo plato. Tu hermana María está mejor ocupada que tú: aunque no trabaja con las manos, no está ocioso su espíritu en medio de mostrarse tan tranquilo; está haciendo ahora lo mismo que ha de hacer por toda la eternidad; sírvela de regalo mi conversacion, y en ella goza lo mas delicioso que pueden gustar los hombres y los ángeles; de esta se ha de alimentar eternamente, y ninguno se la podrá quitar.*

Aprovechóse maravillosamente Sta. Marta de una doctrina tan espiritual y tan perfecta, la cual sin disminuir su apresurado ardor en servir al Salvador del mundo, la animó con un espíritu interior, que hizo mas pura y mas meritoria su virtud de la hospitalidad. No se contentó con disponerle la comida; quiso tam-

bien tener la honra de servírsela á la mesa, y acabada esta la tocó su vez, y tuvo el consuelo de gozar despacio de su divina conversacion.

No fué esta la única vez que Jesucristo honró con su presencia aquella dichosa casa. Siempre que transitaba por Betania se hospedaba en ella, y por eso dijo el Evangelista, que esta santa familia era la querida del Salvador; por eso luego que enfermó Lázaro le dieron parte las dos hermanas de esta novedad. Hallábase el Señor en Galilea cuando llegó el espreso con la noticia de que se moria aquel su amado discipulo; dilató dos dias su partida muy de cuidado, para tener ocasion de hacer con él el mayor de sus milagros. Cuando Cristo llegó, ya habia cuatro dias que Lázaro estaba enterrado. Habian concurrido muchas personas del contorno á consolar á Marta y á María, y á darlas el pésame de la muerte de su hermano; pero su mayor consuelo le esperaban de otra parte, y solo Jesus podia enjugar sus lágrimas.

Con efecto, luego que Marta tuvo noticia de que se acercaba, dejó prontamente á su hermana, y le salió al encuentro. Apenas le vió, cuando bañada en llanto, le dijo: *Señor, si estuviérais aquí, no se hubiera muerto mi hermano; pero no desconfio de verle resucitado; porque sé que Dios no te puede negar cosa que le pidas. ¿Estáis cierta,* respondió Jesus, *que tu hermano resucitará? Sí, Señor,* replicó Marta, *segura estoy de que resucitará en el dia de la resurreccion general con todos los demás que murieron desde el principio del mundo. Queriendo entonces el Señor fortificar mas y mas la fe y la confianza de Marta, la dijo, que estando tan segura de su amor, como lo estaba, debia esperar que antes de aquel dia restituiria la vida á su hermano; que no ignoraba tenia poder para hacerlo; que obraba los milagros por su propia virtud, sin tener necesidad de pedir nada á nadie; y en fin, que los muertos conocian muy bien su voz, la respetaban y la obedecian como á voz de su soberano dueño, autor supremo de la vida. ¿Ignoras por ventura,* añadió el Salvador, *que yo soy la resurreccion y la vida, y que los que creen en mí vivirán eternamente? ¿Marta, crees esto? Sí, Señor, si,* respondió la Santa, *creo firmemente todo cuanto tú dices, porque estoy bien persuadida muchos dias ha, que tú eres el Mesias, único Hijo de Dios vivo que esperamos, y que en fin veniste al mundo, como estaba profetizado que habia de venir el Mesias para salvar á los hombres. No parece menos sublime ni menos generosa esta confesion, que la que el Padre Eterno inspiró á S. Pedro, y le mereció aquellos eminentes privilegios y singulares favores con que le honró el Señor; y si las lágrimas de la*

Magdalena, que ya estaba presente, advertida de su hermana, le movieron á la resurreccion de Lázaro, no tendria en ella menos parte la generosa y viva fe de Marta. Mandó efectivamente Jesus remover la piedra que cerraba la entrada ó la boca del sepulcro; y como Marta le dijese que habiendo ya cuatro dias que estaba encerrado, no podria menos de exhalar mal olor; no temas, la respondió el Salvador, y acuérdate de lo que te dije, que si tenias fe, presto verias el motivo de tu dolor convertido en asunto de mucha gloria para Dios, y de admiracion á los hombres.

Tuvo Marta fe, y obróse el milagro. Fácil es imaginar cuanto seria el gozo de las dos santas hermanas cuando vieron resucitado á su hermano, y cuanto creceria su ternura y su inseparable adherencia á la persona del Salvador. Desde entonces no le perdieron de vista, sobre todo durante el tiempo de su pasion. Fué Marta una de aquellas santas mujeres que siguieron á Cristo hasta el Calvario, y despues de muerto no se apartaron de su afligida Madre. Cada dia se mostraba Marta mas obsequiosa y mas amante de esta Señora; asistíala con sus bienes, servíala con respeto, y la rendia muchos obsequios. No menos ferviente y generosa que Magdalena, concurrió con ella al sepulcro para rendir al cuerpo del Salvador los últimos honores; y tambien tuvo la dicha de ser de las primeras personas que le vieron despues de su resurreccion, asistiendo á sus instrucciones, y recibiendo cada dia nuevas gracias.

Despues que el Señor subió á los cielos no se apartó Sta. Marta del lado de la santísima Virgen hasta la venida del Espíritu Santo, cuyos dones recibió en el cenáculo; y tambien tuvo parte en la persecucion que se suscitó contra los discípulos de Cristo, siendo desterrada de la Judea. No pudiendo los judíos sufrir la presencia de Lázaro, porque era un milagro visible, y un testimonio animado de la divinidad de aquel á quien ellos habian dado muerte ignominiosa, y no atreviéndose á quitarle la vida por temor de que segunda vez fuese resucitado con mayor afrenta suya, tomaron el medio término de meter toda aquella santa familia en un navio sin mástiles, sin gobernalle, sin velas y sin aparejos, pareciéndoles el mejor arbitrio para deshacerse de ella el esponerlos en esta conformidad á merced de los vientos y las olas; pero la divina Providencia los habia destinado para la conversion de una nacion á quien amaba mucho. Ya se dijo en la vida de santa Magdalena como el navio arribó milagrosamente al puerto de Marsella, y las insignes conversiones que hizo aquella bienaventurada tropa en un pueblo que el mismo milagroso arribo del navio dispuso admirablemente para oírlos con respeto y con asombro.

Es antigua y respetable tradicion, autorizada al parecer por la misma Iglesia, que Sta. Marta anunció la fe de Jesucristo en Marsella, en Aix, en Aviñon y en toda la baja Provenza, convirtiéndolo á muchos en todas partes. Dícese que esplicando á los pueblos de Aviñon las verdades de nuestra santa religion, un mozo que estaba en la otra parte del Ródano, deseoso ansiosamente de oírlo, quiso pasar el rio á nado, pero arrebatado por la rapidez de la corriente quedó sumergido y ahogado: dieron noticia á la Santa de esta desgracia; y mandando á unos pescadores que sacasen el cadáver, despues de una breve oracion le restituyó la vida.

Hizo gran ruido este milagro; y movidos de él, así los vecinos de Tarascon como los pueblos comarcanos, acudieron á nuestra Santa implorando su favor para que los librara de un monstruoso dragon que todo lo devoraba, y assolaba toda la campaña. Como la Santa no tenia otro fin que el de la gloria de Jesucristo y la salvacion de las almas, conoció que un milagro haria impresion en el ánimo de aquellos gentiles. Pasó el río Duranza, metióse en un cercano bosque, y halló al dragon que estaba devorando á un hombre. Hizo la señal de la cruz, rocióle con algunas gotas de agua bendita, atóle con su mismo ceñidor, y le llevó á la ciudad como si fuera un cordero. Atónito el pueblo acudió á ver la maravilla, y despues de haber muerto al dragon á palos y á pedradas, se arrojaron todos á los pies de la Santa, pidiéndola que no los abandonase. Como Sta. Marta sabia que su hermana Magdalena se habia retirado al desierto del santo Bálsamo, ella escogió para su morada el que estaba contiguo á la ciudad de Tarascon, y se llamaba el Bosque negro; luego acudieron á la Santa muchas doncellas que habia convertido, resueltas á ser sus compañeras; y se dice que edificaron un monasterio, donde aquellas castas esposas de Jesucristo vivian como ángeles, bajo la direccion de la que habia sido huésped y discípula del Salvador.

Pero queriendo, en fin, el Señor premiar á su huésped y á su sierva, la reveló el dia de su muerte, como tambien que su hermana Magdalena gozaba ya en el cielo de la gloria. Por espacio de un año ejerció su paciencia, y aumentó sus merecimientos una calentura lenta; y sabiendo que era ya llegada la hora de volver á juntarse con su divino Salvador, mandó la echasen sobre las cenizas en presencia de sus hijas, y exhortándolas á la fiel perseverancia, pasó tranquilamente al descanso del Señor hácia el año 68 ó 70 de Jesucristo; teniendo, á lo que se cree, sesenta y cinco de edad.

Su cuerpo fué trasladado á la ciudad, en la opinion de los que sienten que el monasterio estaba fuera de ella, aunque otros juzgan que el lugar subterráneo donde se venera el dia de hoy era la capilla ó el oratorio del mismo monasterio. Sea lo que fuere de esto, es cierto que es muy magnífica la tal capilla subterránea en que, segun la tradicion, se venera el santo cuerpo. Sobre ella está fundada la iglesia colegial dedicada á la misma Santa, la que dotó ricamente el rey Clodoveo, habiendo sanado de un fuerte mal de riñones por intercesion de Sta. Marta; y Luis XI la regaló con un busto de oro en que está engastada su santa cabeza. Todavía se conserva en la capilla subterránea, magníficamente adornada por la piadosa liberalidad de monseñor Marinis, arzobispo de Aviñon, el antiguo sepulcro de la Santa, cerca de un pozo, cuyas aguas se dice sanan de calenturas. Lo cierto es que las milagrosas curaciones que cada dia se experimentan en el sepulcro de Sta. Marta por intercesion de esta gran sierva de Dios, acreditan visiblemente lo mucho que puede con el Señor, y atraen á aquel santuario un gran concurso de gente. Es santa Marta protectora de los que se emplean en ministerios esteriore.

LOS SANTOS SIMPLICIO, FAUSTINO Y BEATRIZ VÍRGEN,
HERMANOS MÁRTIRES.

SANTA Beatriz, una de las ilustres matronas que han florecido en la iglesia de Roma, fué hermana de los insignes mártires Simplicio y Faustino, todos los cuales profesaban la fe de Jesucristo, en tiempo que los emperadores Dioleciano y Maximiano movieron contra la Iglesia, en principios del siglo iv, una de las mas sangrientas persecuciones que han padecido los fieles bajo el dominio de los príncipes gentiles. Vivía Beatriz retirada en su casa con pacífica quietud, toda ocupada en ejercicios piadosos, santos y caritativos, cuando sus dos hermanos fueron delatados por cristianos; y habiendo confesado públicamente su religion, fueron cruelmente atormentados y decapitados al fin en Roma por los años de 303. Beatriz sacó los cuerpos de sus dos hermanos del Tiber, y les dió sepultura con ayuda de dos presbíteros llamados Juan y Crispo: luego se refugió á la casa de una viuda virtuosa llamada Lucina, donde se mantuvo por espacio de siete meses continuando en santos ejercicios.

Quiso comprar Lucrecio, vecino poderoso de Roma, á Beatriz cierto predio que poseia, y resistiéndose á venderlo, quiso obligarla á que sacrificase á los ídolos; pero el horror que causó á la ilustre virgen la impiedad á que queria precisarla, y la heroica

constancia con que se negó á cometerla, redobló en el pecho de aquel pagano la furia y la crueldad, de suerte, que mandó á sus siervos que la ahogáran en una noche; como lo ejecutaron con impiedad en el dia 29 de julio á principios del siglo iv. Lucina enterró su cuerpo cerca de los dos hermanos á un lado del camino real que guia á Porto en un cementerio llamado *Ad Ursum Pileatum*. Usurpó Lucrecio con la violenta muerte de Beatriz el predio que deseaba, y celebrando en él un magnifico convite con sus amigos, insultaron en él á los santos mártires; pero cuando se hallaba en lo mas delicioso de su comida, prorumpió un infante de cierta mujer que estaba presente en estas voces: *Oye, Lucrecio, diste muerte, y usurpaste, pues por esto serás entregado en manos del enemigo*. Pasmóse Lucrecio al oír semejantes espresiones, y en seguida entró un demonio en su cuerpo en el mismo convite, que atormentándole furiosamente por espacio de tres horas, pasó su infeliz espíritu á los abismos, viniendo de este modo el cielo la muerte que dió á su sierva fidelísima. Mantuviéronse en Roma las santas reliquias de Beatriz hasta el año 1647, en el que incluyéndolas en una preciosa urna de plata el papa Inocencio X la envió con su bendicion apostólica y una rosa dorada á la serenísima reina de España doña Mariana, mujer de Felipe IV, en tiempo que se hallaba en Milan aquella soberana, quien á su regreso á España dió al real monasterio de S. Lorenzo del Escorial esta esquisita alhaja, donde se custodia entre las muchas reliquias de aquel santuario, y se venera con el debido culto.

La misa es en honor de Sta. Marta, y la oracion la siguiente:

Oyenos, ó Dios, salud y vida de una santa alegría, así también, para que así como la bien nos consiga una piadosa festividad de tu bienaventurada devocion. Por nuestro Señor Jesu-
da virgen Sta. Marta nos llena sueristo, etc.

La Epístola es del cap. 10 y 11 de la segunda de S. Pablo á los Corintios.

Hermanos: El que se gloria, que se gloria, pero con todo eso sufrid-
gloriese en el Señor. Porque el me; porque yo os zelo, por zelo
que se alaba á sí mismo, no es lo que tengo de Dios. Puesto
el que está acrisolado, sino el que os he desposado, para pre-
que alaba á Dios. Ojalá sufri- sentaros como una casta virgen
seis algun poco de mi ignoran- á un solo hombre, á Cristo.